

LA INFANTA PAZ DE BORBÓN

María Teresa Álvarez

ISBN: 9788499700137

Múnich, 4 de diciembre de 1946

Nevaba intensamente y los pocos transeúntes que se encontraban en las inmediaciones de la hermosa iglesia renacentista de San Miguel observaron con curiosidad el cortejo fúnebre que se acercaba.

En la fisonomía de la ciudad de Múnich aún permanecían las huellas y el dolor por la reciente contienda. En aquella iglesia creada por los jesuitas se evidenciaba el deterioro provocado por la locura de la sinrazón.

Toda Alemania, toda Europa, la opinión pública mundial, pendientes de lo que sucedía en Núremberg, acababan de conocer las sentencias de un juicio que se convertiría en histórico. Penas de muerte, cadenas perpetuas, absoluciones y suicidios, porque alguno de los condenados prefirió seguir decidiendo sobre la vida y la muerte.

Eran momentos tristes para la humanidad.

El intenso frío hacía que los transeúntes intentaran moverse con toda la celeridad que les permitía la siempre peligrosa nieve. Las personas que portaban el féretro caminaban muy despacio con la tristeza pintada en sus caras.

Los copos de nieve, grandes y esponjosos, se precipitaban desde hacía unos segundos con cierta lentitud, como si la pereza los hubiera poseído e impidiera que llegaran a la meta. Las nubes parecían inquietas y su movimiento favorecía la aparición de claros en el cielo. La luz iba ganando intensidad y la aparente y hermosa tersura de la nieve resplandecía bajo sus efectos.

Los espíritus soñadores bien podrían pensar que los tímidos rayos de sol pugnaban por salir para dar su último adiós a la persona fallecida que, con toda probabilidad, iba a ser enterrada en aquella iglesia, porque allí parecía dirigirse la comitiva.

En San Miguel se encontraba la conocida Cripta de los Príncipes, en la que habían sido sepultados desde Guillermo V, duque de Baviera, a Maximiliano I, duque elector de Baviera, o el rey Luis II de Baviera.

Era muy posible que el finado perteneciera a una familia importante. Incluso podría ser miembro de la dinastía de los Wittelsbach que durante siglos habían dirigido los destinos del país. Unas cuantas estatuas en la fachada del templo recordaban a alguno de los personajes más destacados de esta histórica stirpe. Aunque eran imposibles de identificar, porque muchas de ellas aparecían mutiladas por efecto de las bombas.

Pero algo no encajaba. El féretro era portado por unos hombres de aspecto humilde que parecían extranjeros...

Aunque nada sorprendía en aquel país desgajado que debía sobrevivir al horror de una cruel realidad.

Lo cierto era que tanto el anciano que caminaba apoyado en el brazo de una mujer que bien podría ser su hija, como algunas de las personas que componían el cortejo poseían clase y distinción... El grupo no era muy numeroso...

Madrid, 7 de diciembre de 1946

Todos quienes leyeron el ABC de este día conocieron la noticia. En portada y a una columna titulaban:

«La infanta doña Paz de Borbón falleció en Múnich, a los ochenta y cuatro años de edad».

A muchos la noticia les dejó indiferentes. En aquel tiempo, la situación en España, después de una cruenta guerra civil, era muy triste y además los Borbones no gozaban del beneplácito del

Gobierno. Los intentos de don Juan de Borbón —sobrino nieto de la infanta fallecida— de volver a España habían resultado inútiles. El conocido Manifiesto de Lausana, en el que se presentaba como alternativa moderada al régimen de Franco una monarquía constitucional, había sido rechazado, aunque años después sí se contemplaría esa posibilidad.

Al día siguiente de aparecer la noticia del fallecimiento de la infanta, el mismo periódico, también en portada, se hacía eco del telegrama de pésame enviado por su excelencia el jefe del Estado, general Franco, al príncipe don Luis Fernando de Baviera, esposo de la finada.

El ABC, fiel a su trayectoria, volvió a ocuparse del fallecimiento de doña Paz de Borbón en artículo firmado por Melchor de Almagro San Martín. El escritor, diplomático y político español escribía:

Yo conocí a su alteza real, la infanta doña Paz, princesa de Baviera, en el castillo de Nymphenburg, inmenso palacio barroco, rodeado de un enorme parque, que pertenecía a la Corona de Baviera, situado a cinco kilómetros de Múnich, un lugar de mucha amenidad y belleza, con esmeraldas praderas, viejas y frondosas arboledas, un extenso estanque, en el cual bogaban múltiples cisnes unánimes, como en los versos de Rubén, y un reservado para ciervos en domesticidad (...). La princesa, que faltaba de España hacía más de medio siglo, continuaba, a pesar de ello, hablando un castellano perfecto, que también escribía con igual corrección.

Almagro San Martín finaliza su escrito haciéndose eco de algo que solía decir el rey don Alfonso XII al referirse a sus hermanas: «Isabel representaba el sentido monárquico; Eulalia, la alegría, y Paz, la bondad».

Los cuatro eran hijos de la reina Isabel II.

© La Esfera de los Libros, S.L. Avenida de Alfonso XIII 1, bajos. 28002 Madrid
Teléfono: 912 960 200. Fax: 912 960 206. e-mail: laesfera@esferalibros.com

Páginas optimizadas para Internet Explorer 5, Netscape 4 con resolución de 800x600 y 1024x780